

SEGUNDA VUELTA
(Antología Poética. 1968-2008)

Moisés Cayetano Rosado

INTRODUCCIÓN

Escribí mis primeros versos a los quince o dieciséis años. Luego, fueron sobreponiéndose, como lentas tejas, otros muchos más, hasta formar cuatro libros, que quedarían antologazos en 1980, cuando creí que no habría nuevos poemas, a pesar del título del tomo que formaron: “Primera antología poética”.

Después vino un vacío de dos décadas enteras, en que me dediqué con pasión a otras múltiples cosas: la novela, el cuento, investigaciones, ensayos, estudios..., la política.

Pero en 1999, mi trabajo sobre la “Revolução dos Cravos” de Portugal y sus despojos me llevó a un nuevo poemario, testimonial como casi todo lo anterior, monográfico en su contenido, más uniforme: “Siempre Abril”.

De inmediato, por mis viajes a La Habana (cuatro en un quinquenio) surgiría otra vez un libro de poemas monográfico. En 2001 publicaría “Guía de la Habana”, que es como un recorrido turístico e iniciático por la Revolución cubana y sus destinos, y por esa ciudad hermosa y agridulce que es La Habana.

Luego, trabajosamente, irían saliendo los versos de “Amaneceres y otros poemas”, que fueron publicados en 2006, añadiendo al título la coletilla de “en la Raya”, por la inspiración transfronteriza (luso-extremeña) de buen número de las composiciones, donde el amor, los paisajes, las gentes sencillas del desolado páramo irán desfilando con un sabor nostálgico y a veces apasionadamente crítico. Como en los “viejos tiempos”, en los primeros poemas (1968-1971) y en los primeros libros: “He tenido sujeta la palabra entre los dientes” (1972), “Noticias infundadas” (1976), “Poemas en Amor Mayor” (1977) y “Gritos de existencia” (1978).

Esta “Segunda Vuelta” resume cuarenta años de sueños, ilusiones, apasionado testimonio, desalientos, recaídas y algunas alegrías, amores, esperanzas. Ningún otro libro más querido, ninguno más esencial -a mi parecer- de todos cuantos he escrito, de tanto como he escrito en cualquier modalidad en que lo hiciera. Y aquí está para todos, tal vez ya sí como legado poético definitivo.

Moisés Cayetano Rosado

De

PRIMERA ANTOLOGÍA POÉTICA

1968-1980

De PALABRAS PARA ABRIR UN LIBRO DE MOISÉS CAYETANO ROSADO.

Leopoldo de Luis

Poeta y crítico literario

Este libro es como el cuaderno de memorias de un hombre en lucha con la injusticia, con la desolación y con la desesperanza.

Moisés Cayetano Rosado se arranca del pecho amarguras y soledad, como quien se arranca yedras antiguas y espinosos abrazos de congoja, y la autenticidad le sale a los ojos del poema desde ocultas raíces: el padre trabajador, el abuelo fusilado, el hombre de la tierra sudada. Estrofas humanas de un canto ácido.

Los temas de Moisés Cayetano Rosado emergen de la vida misma. Son la vida misma. La vida diaria, bebida a tragos. Sobre todos, quizá, las consecuencias de la emigración. Moisés parte con la navaja cabriterera de su verso abrupto la naranja amarga de la emigración, y se le abre en gajos heridos que llamaríamos alejamientos.

Así, el alejamiento del padre. El alejamiento del paisaje. El alejamiento de la infancia.

El alejamiento de los que compartieron los años iniciales, compañeros de viaje vital, en grupo comunicado que dispersaron las exigencias del vivir.

El alejamiento del pueblo.

El alejamiento de los trenes hacia geografías extrañas, obligados por la necesidad de otra manera de ganar la vida.

Estos signos de alejamiento imprimen una emoción herida al libro, que es uno de sus linderos más perceptibles.

Los poemas de Moisés Cayetano Rosado quieren substanciarse con la materia colectiva, con esa masa entrañable de sueños, angustias, decepciones, trabajo, menudas esperanzas.

No hay mejor destino para la poesía que ese intento de acompañar al hombre. Podrá ser a veces inútil -que complejas causas lo condicionan- pero, como Don Quijote, el esfuerzo y la fe no pueden ser quitados, y flaquezas no defraudan verdades.

Quizá por su nacimiento, por su niñez, por apego a lo suyo, Moisés frecuenta singularmente, en esta poesía de testimonio, los temas de una sociedad rural, atrasada y pobre. Lo campesino, y no lo fabril. El campo, y no la industria. Como en el gran Miguel Hernández, su léxico y sus símbolos son agrarios. Sus poemas adoptan un tono narrativo y, con cierto aire de León Felipe, echa mano de la perífrasis y de la anáfora, y en algún poema aflora una suerte de cristianismo comunal y difuso. Llevado por el borbotón cordial, no se detendrá a veces en el prosaísmo ni eludirá algunos tópicos. Pero, en cambio, qué verdad tan desgarrada, qué voz tan herida.

PRIMEROS POEMAS

1968-1971

EL LLANTO DEL MUNDO.

– ¿Verdad que los hombres no lloran?,
me preguntó una niña al ver llorar a su hermano
que se había golpeado contra el suelo.

La pregunta me suena zumbona, pegajosa,
y la niña me mira como un verdugo que espera al reo al lado de la
/horca.

Y yo no sé qué contestarle.
Miro hacia los lados para ver si alguien me escucha,
y sólo oigo el llanto,
el llanto a mi derecha, a mi izquierda, delante de mí, detrás;
y me está pareciendo que lloran todos los hombres del mundo;
que yo también estoy lleno de lágrimas.
Que la niña está inundada en un profundo llanto.

Quiero disimular, quiero salir corriendo, quiero huir,
pero me es imposible, porque el mundo entero me está preguntando,
me están mirando todos con ojos asombrados.

Me escondo entre mis brazos,
me duele la cabeza de apretarla entre las manos,
y quiero que nadie me vea, que nadie me atienda;
pero todos me acechan irresistiblemente.
Todos quieren saber qué digo, qué pienso yo.
Todos quieren saber por qué también estoy llorando.
No puede ser, y nos desesperamos.
Y la niña también se desespera,
y lloramos todos como hombres,
y seguimos, y seguiremos llorando,
llorando siempre,
llorando, llorando...

PUEBLO MÍO.

Y no serán mis ojos ni mis manos.
Y no serán mis piernas, pueblo mío,
los que estarán contigo, entre tus casas,
mirando a las paredes,
tocando tus andamios,
andando por tus calles.
Y no será mi voz la que te clame.

¡Oh!, pueblo mío,
¡ojalá que mañana no sea tarde...!

RENUNCIA.

Tomad mi vida.
Para qué quiero yo el tiempo
pasado que no mueve molino.

Tomad mis palabras.
Para qué quiero hablar
si no muevo con ello corazones.

**HE TENIDO SUJETA LA PALABRA
ENTRE LOS DIENTES**

UNA CIUDAD SIN NOMBRE.

Yo conozco una ciudad
donde la gente trabaja para vivir los sueños,
donde la gente sueña
en un mañana
mejor,
para seguir viviendo.

Yo conozco una ciudad con niños
que no entienden de juegos,
que no entienden de llanto
innecesario,
que tienen el dolor
de asiduo compañero.

Conozco una ciudad
con hombres y mujeres
que luchan y trabajan,
que tienen ilusiones
y viven de esperanzas;
pero no les queda,
para su rostro enjuto,
en el pecho,
ni tan sólo una lágrima.

LO TRISTE DE LA VIDA.

La vejez no es triste,
lo triste es el recuerdo,
lo triste es la esperanza
que se pierde,
y la alegría que no regresa nunca.

Lo triste es el ¡adiós!
a lo de entonces,
aquello que se tiene
cuando los años
 no pesan,
cuando los años
no arrugan, ni distancian.

No es triste la vejez,
ni es triste la muerte que se espera;
lo triste es darse cuenta,
después de tantas luchas,
de las cosas invencibles
que se dejan.

POEMA PARA HABLAR CON MI ABUELO.

Estoy aquí, abuelo, ante tu tumba incierta,
la tumba que cavaban la envidia y la mentira
cuando acariciabas sueños que no podrán ser nunca
mientras las bestias pueblen las sierras y llanuras.

Aquí estoy para decirte
que a pesar de todas las promesas
aún mueren al alba las palomas;
que a pesar de todos los discursos
de amor
y de igualdad,

los pobres de pedir no tienen quien les quiera;
que a pesar de todo el “alto el fuego”
hay niños que no tendrán ya más
un trozo de sol, de primavera.

Aquí estoy para decirte, abuelo,
que, mientras te nacen raíces en los ojos,
se reparten la paz y se llaman hermanos
aquellos que apretaron los gatillos;
para decirte que todo sigue igual que entonces,
que la palabra amor no ha florecido,
que al hombre se le cierran las puertas del alma
y que la tierra está llena de enemigos.

Pero te digo, abuelo,
que aunque en el mundo la verdad
siga oscura y escondida,
yo he cogido tu antorcha sincera
para enseñar tu camino a nuestras vidas.

NOTICIAS INFUNDADAS

ESCRIBIR UN POEMA.

Escribir un poema,
así, hermano, escribir un poema,
como si el verso resolviera
el espectáculo del mundo.
Un poema, amigo, hermano mío,
para guardarlo luego
debajo de las tazas de café,
metido entre las páginas de un libro
luchando con Jaquie y sus millones,
poniendo una nota de tristeza
en la cara de un niño a punto de reír.
Un poema, hermano,
y que venga el hielo de la burla
para lo que nació
de las noches de asombro,
angustia y soledad.
Escribir un poema,
poniendo a flor de piel el beso,
la mano, el corazón,
para que luego lleguen
los monstruos del mañana
y lo arrojen sin más a la basura.

NOTICIAS INFUNDADAS.

Tengo frío. Pero un pájaro canta. Risas
descuidadas suenan
por lo largo del mundo.
Dicen que ayer murió un muchacho
chico y la madre lloraba
solitaria. Temblaban
las maletas de tristes y vacías.
De heladas.

(Y nadie
fue capaz de encontrar una paja
para hacerle cosquillas
de muerte
a algún monstruo inhumano).

Pasaban
impasibles
las sombras
de
los
seres
más
diversos.

(Por mucho que te afanes, hombre,
serás siempre una brizna
que ha de dar gracias
hasta por conservar

la vida.

Y
siempre
encontrarás
indiferencia).

Aprieta el frío.
También el viento se lamenta de ser viento. Y nadie
da por alegre su destino.

Cas-
tañean
los dientes de un chiquillo,
y se hiela su mano extendida:

Aún nadie
le entrega
una
m
o
n
e
d
a
.
.
.

RECORDATORIO.

Yo, solitario en mi cuarto oscuro,
en mi cuarto de siempre,
donde sostuve a pulso mi dolor
y mi alegría,
me he puesto a dialogar con el recuerdo
y saltan

 a la escena
los años niños, a-
ños de risas, juegos en la calle
con amigos que ya no están,
que ya no son, porque este tiempo
pasado nos distancia.

¿Dónde estará aquel carro de juguete, el pilón
de la plaza
en que a escondidas fumábamos de chicos,
jugábamos
a ser mayores, sin saber,
sin comprender
lo que los años significan?
¿Dónde el amor primero,
aquel que fue creciendo sin palabras
y se perdió
como los globos cargados de nitrógeno?
Me han vuelto de nuevo sin querer,
y no se van tan fácilmente
como se fueron los trenes,
cargados de manos
al viento,
pañuelos en el último adiós,
promesas que nunca se cumplieron.

“Te escribiré. Nunca podré olvidar
los ratos que pasamos
 juntos,
tantas travesuras como hicimos.
Jamás podré olvidar”.

Pero ¡no!, el hombre no se alimenta de pasados,
y más
si tiene que buscar
 el pan
que la tierra le niega, y huye.
¡No! Aquello terminó y ahora,
sólo de vez en cuando,
en esta habitación de siempre,
cargada de recuerdos escondidos,
sólo de vez en cuando
puedo volver, con lágrimas
que nada justifican,
que nada pueden
adelantar,
a aquellos años
en que creíamos que el cielo estaba ahí,
ahí mismo,
y se tocaba con la mano.

ÁRBOL SENCILLO EN MUERTE INADVERTIDA.

Aquél árbol no crecerá de nuevo.
No tendrá ramas, hojas
verdes donde mirar,
buscando la paz o la esperanza.
No valdrá para que los mendigos
que recorren la tierra
hagan un alto en su camino.
Sólo será desolación. Ahí,
erguido (porque aún le queda orgullo)
y seco, tronco tan sólo, oscuro,
será olvidado por todos y las generaciones
que vengan
no sabrán de su obra en otro tiempo.
No tendrá historiador para que narre
su vida sedentaria.
Nada.

Será tan sólo uno de tantos
que pasa inadvertido
por el mundo.

LLAMADA EN SI(LENCIO).

Me duele este calor que traes
y la prisa que llevas
metida en tus zapatos.
Me duele un poco tu mirada
y el humo que arrastras
a través de las manos.
Es como si de pronto
vinieran las agujas del recuerdo
y fueran haciéndome
heridas agudísimas
horadando mis huesos.

Me duele admitir que llevas en tu aire
la oscuridad profunda
de un destino sin nombres y sin fechas.
Me duele
como si en un instante se nublara mi alma
y ya no hubiera forma
de encontrar tu camino.

Por eso te canto
tocando una guitarra de antorchas y de sangre.
Por eso te nombro sin detalles,
para que nadie pueda
seguir nuestras huellas
si vienes compartiendo mi destino.

POEMAS EN AMOR MAYOR

LLAMADA EN GOLPE DE AMOR.

He llamado a una puerta.
 Pedí la paz como un mendigo.
 “El Señor
 esté con vosotros”. Y nadie contestaba.
 Llamé a otra puerta más; estuve
 llamando a las conciencias largo rato,
 pero nadie escuchaba mis palabras.

“La paz sea con vosotros”.

Recordé mi casa, las calles de mi pueblo,
 los primeros amigos.
 “Pido la paz y la palabra”. Blas
 de Otero sentado en un rincón.
 Nadie hacía caso. Estaba
 todo el mundo pendiente de otras cosas:
 los goles de su equipo; las joyas de las reinas;
 los vestidos
 lujosos del vecino;
 la paga del mes; la extraordinaria...
 Fui como el viento: solitario.

PIDO
 LA
 PAZ.

Sentado en un rincón, entre unos leños
 ardiendo,
 voy pidiendo la paz a las cenizas.
 Muertos de otros lugares me vienen a los ojos
 del alma. Muertos míos.
 Muertos de todos.

“La paz sea con vosotros”.

Me vienen las horas no pasadas,
los hombres que ahora aprenden -de niños-
lo que nunca serán.

Llamo a las puertas.
Estoy pidiendo la paz a todo el mundo.

Pero las gentes
se han cerrado en sus llaves
y ríen como borrachos
si digo la palabra AMOR.

PADRE NUESTRO.

Padre nuestro que estás en los cielos,
santificado sea el nombre de los que te aman
y el tuyo.
Santificado sea el nombre de los que murieron
con una cruz auestas
y la escondían cuando pasaba el prójimo,
para que no sufriera con sus penas.
Santificado el de aquellos
que dejaron el mundo, luchando por amor.
Venga a nosotros el reino que anunciaste,
el reino de dar la mano a los demás cuando se caen,
el reino de llevar limpio el pecho,
sin señales de orgullo,
ni mirar por encima de los hombros...
Hágase la voluntad de aquellos
que sólo quieren la de los demás
-como es la tuya-,
y que también los otros puedan clamar con igual voz.

El pan nuestro de cada día, que no se acabe hoy,
que no se acabe nunca,
para que nadie tenga que guardar
quitándolo a los otros.
Para que no haya deudas
y no hagan falta más perdones,
más manos extendidas,
más brazos cansados y humillados.

Líbranos, Señor, de tanto mal de ojo,
de tanto mal de pecho,
de tanto mal de corazón y de conciencia.

Y no dejes que venga otra vez más
la mano del traidor
-mano de adulación y de egoísmo-.

Te lo pedimos por los hombres que sufren,
por los niños
que olvidaron junto al cielo sus sonrisas.
Por las madres que lloran.
Por aquellos que nunca han visto el sol.
Te lo pedimos, Señor.
Haz el milagro,
y no harán falta más pasiones
en huertos que no saben de Amor.

TESTIMONIO.

Van contando las horas del amor y las que falta
para que llegue el tren.

Algunos fantasean
furtivamente en los retretes,
llenando de sueños
las paredes mugrientas, las tazas derrengadas.
Cada maleta, entre la ropa nueva
y limpia, lleva un manojito de esperanzas
que han de volver para marchar de nuevo.
Suena el reloj y el corazón se para.
Después vienen los besos,
el humo negro entre los ruidos.
Una tristeza enorme y algún llanto.

Luego serán las cartas:
ilusión semanal sin nada nuevo.
“Quizás vuelva este año”. “Verás
que es tan bonito como un sol”. “El niño
será tan grande como tú”.

Y otra vez más los trenes. Nue-
vamente traerán caras vencidas.
“Nada pasa en balde”.
Nada. Ni los años. Ni el dolor.
Ni esta tristeza que nosotros dejamos
aquí,
para que los que vengan sepan
que no todo son luces de colores.

CON QUÉ CARA ME LLEGO.

Si le pongo al verso rosas
y olvido las penas
Si me dedico a cantarle a la belleza
y alabo a los pájaros que pían.
Si construyo medidas
frases
que agraden a estómagos repletos.
Si me voy por el mundo
explotando mis versos,
¿con qué cara me llevo
delante de los hombres de mi pueblo?

LLAMADA EN SÍ MAYOR.

No. Al que viene detrás,
que no trae más que un poco de esperanza,
una chispa tan sólo,
no vayáis a decirle que se marche.
Lleva ya recorrido un gran camino,
y no abarcan los ojos de los hombres
a medir su cansancio y su tristeza.
No le digáis que no,
porque sus piernas arqueadas
no pueden seguir abriendo más espacios,
ni sus brazos sosteniendo el gran cayado,
ni sus labios pidiendo nuevamente.

A ese, dejarlo entrar y rellenarle sus papeles;
esos que sirven
para seguir comiendo sin dar pena.
Para morir sin cara de mendigo.

Él tiene esperanzas en vosotros. El ha oído
vuestras buenas palabras muchas veces,
y, a pesar de los años, aún confía...

LA CLAVE DE LA VIDA.

Cuando despierta el sol
y nacen los desiertos.
Cuando la sed es grande.

Cuando se grita fuerte
y nadie acude.
Cuando se está más solo que la una.

Cuando te dicen que tú vales
y sabes que es mentira.
Cuando la hipocresía.

Cuando el dolor aprieta
y no encuentras remedio.
Cuando te ciega la verdad.

Cuando no sabes qué hacer
y ya te empujan los destinos.
Cuando te desesperas.

Cuando tiras del llanto
y no te sirve nada.
Cuando te cansas hasta el agotamiento.

Cuando pides la mano
y nadie te la entrega.
Cuando dicen que no.

Cuando tiras del saco de las penas
y salen las montañas.
Cuando el amor no existe...

CUANDO
ERES
CONSCIENTE
DE
TODA
ESTA
REALIDAD...

Y
TE
RE-
SIG-
NAS,

HAS
DADO
CON
LA
CLAVE
DE LA VIDA.

GRITOS DE EXISTENCIA

*Sólo existe un significado de la
vida: el acto mismo de vivir.*
ERIC FROMM

INTRODUCCIÓN.

El hombre busca.
Busca por dentro, lento.
Investiga en los años que se fueron.
Tira de cada cuerda
que movió su pasión.
De cada hoja
que plasmó con detalle
los ratos de su vida.
Van llegando a su mente
las cosas que lo hicieron,
todo lo que pasó
condicionando con fuerza su futuro.
Se remueve en la silla de los tiempos.
Pinta
las paredes del alma,
sonriendo.
Después mira hacia el otro.
Nota que no está sólo.
Que una avalancha enorme le rodea.
Que el pedazo de historia condiciona.
Y que el humo se enreda con tabúes,
con verdades torcidas
y corazones cansados de esperar.
Llora tras cada hombre
que bajó su estandarte.
Siente tristeza y pena.

Se rebela,
y ve que tiene una misión concreta.

Rueda violento, en tanto exclama
fuer-
temente “¡AMOR!”.
Y todo resplandece.

I.

Camino hablando al viento,
que no me llama loco,
que nunca contradice mis palabras,
que vibra en un silbido que huele a calentura.
Voy recorriendo piedras,
remontando hojarascas,
temiendo en cada borde pisar tierra.
“Quien pise
tierra,

mañana se entierra”.

Y ya casi lo logro.
Casi logro bañarme en mis pupilas,
cerradas al presente. Y tiemblo.
Cinco,
seis,
más
horas perdidos el la clausura cotidiana.
Envidiando
la imaginada libertad de los que pasan,
queriendo confundirme con los años,
y volviendo a la triste realidad

con la voz aplastante del profesor que exige,
que amenaza y castiga.

Ya tengo en mí los años de niñez.

Amigos

en los huecos oscuros de la enorme cantera,

compañeros de siesta,

caballitos vencidos

por las gomas de nuestros tiradores;

de peces que se escapan,

de bolos, futbolistas en cromos,

furtivos

cigarros por detrás de la iglesia.

Amigos de incomprensión y miedo.

De caricias escasas

y estómagos a veces ¡tan vacíos!

Queridos

compañeros. Cuentas

de rosario que se fue desgranando

camino del pan,

con las maletas colgadas en lo incierto.

Muchachos que ahora vuelvo

a ver,

y me miran distinto,

poniendo en su voz acentos de tonadas lejanas,

poniendo en clave su esperar

y repartiendo los años del futuro

por ignorados paisajes

que suenan a distancias.

Lo vivo y lo palpo desde cerca.

Lo toco como toco aquella ristra

de panzas paradas e impotentes,

que calentó su caracol al sol,

para morir de insolaciones,

para morir de espeluznante

pasividad. “La vida es como es”.
 Como si fuera una piedra que se tira,
 un fardo inútil.
 “La vida hay que vivirla”, digo.
 Pero nadie comprende...

Cierro los ojos, fuerte:
 pero penetra en mí, por mucho que rechace,
 la luna,
 que serena en lo alto
 vigila el torpe
 movimiento
 del niño que sueña
 con el valor y el riesgo...
 Tapias.
 Altas tapias.
 Sombrero de cuernos sin bravura. Y miedo.
 Miedo a enfrentarse con la vida,
 sin el fácil cheque del valor en la sangre,
 las tardes calurosas en las plazas,
 los aplausos bordados,
 el trofeo.
 Miedo a no ser capaz.
 A que tiemblen las piernas
 y se caigan los sueños,
 arrastrando con ellos los proyectos montados,
 la abundancia y la dicha,
 la solución a todos los problemas.
 Miedo y verdad a los que fuimos
 resignándonos todos. ¡Qué remedio!

Para algunos aún quedan las quinielas,
 los goles que golpean por dentro del cerebro,
 la enorme tensión que nunca se compensa,
 “pero puede”...

Y puede el poder de nuestros ojos
soñar.
Pueden volver imágenes que fueron,
o que nunca estuvieron
pero se espera en ellas.
Puede todo.
Puede venir de nuevo el humo
e inundarnos la casa,
e inundarnos el corazón, el alma,
las tardes de soledad y de recuentos...
La vida, la vida misma
que no es más que un poco
de proyectos,
mesados
con buena voluntad.

II.

He puesto buena voluntad en el sudor.
Sudo.
Sudo luego existo,
luego estoy,
luego vivo y espero.
Espero y la parva
mueve a los mulos que la trillan.
Mulos ciegos,
mulos fuertes, con fuerza que se pierde;
con nervios que se pierden;
con brío que se pierde también,
como fueron perdidos tantos

años en la era,
era que nunca fue y espera todavía.
Por los campos del mundo todavía,
confiando en poetas que la quieran cantar.

Pero el canto se vuelve a la garganta.
Desde dentro se vuelve,
con un sabor a rancio,
con un sabor a pena,
con un sabor que tiembla en amarillo,
y nos hace llorar,
llorar por si las lágrimas pudieran...

VI.

Vuela en lo alto un pájaro.
Cuando un pájaro vuela
siento la sacudida de los escalofríos.
¡Tanta potencia en él!
¡Tanto sol en sus alas!
¡Tantos paisajes vistos,
recorridos,
mirados desde el aire y codiciados
en tentadoras tardes
de buscar el hogar entre los árboles!

¿Cuánto tiempo le queda?
¿No romperá su corazón
la piedra intencionada de un muchacho que pasa?
¿No le helará la sangre
el frío deseoso de un tiro que aguardaba?

Pero canta aún y el viento
reparte su mensaje, como un pregón de pueblo.

Late

rompiendo el horizonte en un punto lejano,
donde la inmensidad se junta con nosotros.

Con nosotros que estamos
esperando el momento,
el momento que llega y no nos queda,
el momento que va

grabándose en su vuelo.

Un vuelo que acaricia,
un vuelo que compensa

pesares tormentosos.

Un vuelo que a menudo
destruimos así,
con esa indiferencia
tan inhumana y fría.

VIII.

El tiempo nos llama.
Reclama abrazos, besos
convertidos en llantos y miradas
que tiemblan quedamente.
Y hay que vivir.
Vivir, que es lo que importa.
Lanzar de nuevo redes
buscando el plateado
soñar de los que esperan. Y llorar.
Llorar,

hasta que no nos quede
 ni una lágrima amarga,
 ni el temblor de un suspiro,
 ni nada que acongoje y nos obligue
 a sentarnos cansados detrás de los recuerdos.

IX.

El amor nos aguarda.
 Unamos la esperanza.
 Unamos la ilusión.
 Unamos las sonrisas,
 los brazos de los niños,
 la mirada que queda
 clavada en cada esquina, preguntando.

Unamos

trozos

suelos

de enfermos corazones,

hun-

dididos y olvidados.

Trozos que ya se dieron por perdidos.

Trozos que laten con la muerte.

Unamos todo

y hagamos estandartes con lo que fue desprecio.

Con lo que se arrojó,

porque a nadie servía.

Demostremos ahora que el amor nos acoge.

Que late en cada vida.

Que esta a nuestro servicio

y siempre espera.

Cojamos el amor y vayamos gritando por las calles.
 Lleguemos a los parques,
 y que despierte el aire.
 Que despierten las flores

y vuelvan a cantar.

Que despierte el estanque y llene
 de ocas y de cisnes
 cada gota de viento.
 Que despierten los árboles
 y suban más allá.
 Que despierte la vieja
 que sueña en algún banco,
 y el hombre que corta y riega el césped,
 y el niño que juega a las canicas,
 y el gato que duerme en el balcón.
 Que despierte el despertar del día,
 y venga, como todos,
 por la ración de amor que tiene merecida.

XI.

Mas ya, sueltas las alas,
 investigo el pequeño
 espacio de La Tierra.
 Cada cual a lo suyo.
 Cada cual su sombrero,
 su corbata planchada, la camisa
de rayas
 y una dureza gigante en la mirada.

Cada cual un invierno,
un triste recorrido sin paradas.

Pero un hombre me observa.
Un hombre que quizás me necesita.
Y bajo de nuevo por los ríos,
por los montes helados,
por las venas -que esperan- del hombre que me vio.

Es cierto, hermanos:
al final nunca pueden
quitarnos
la esperanza.

De

Siempre Abril

Otoño-invierno, 1999-2000

Del PREFÁCIO A “SIEMPRE ABRIL”.

António Murteira

Escritor y comentarista.

Três grandes momentos na histórica do povo português -a constituição de Portugal, os Descobrimentos, a Revolução do 25 de Abril de 1974.

Abril. A liberdade no coração da Revolução. No coração do pensamento, da palavra, da acção. A vitória é episódica e duradoura. A derrota é episódica. Resgatámo-nos da guerra, do latifúndio, das prisões, da fome, do ódio, do medo, da cruz. Afogámo-los num mar de fraternidade. Entoámos Grândola Vila Morena. Pasémo-nos de novo em movimento. Há procura de novos caminhos.

Na poesia de Moisés, na poderosa e bela língua de Cervantes, são reacendidas centelhas, luminosidades. Reencontramos a percepção da longa caminhada.

ESO ERA TODO.

Eso era todo:
desolación y miedo.
Pálida estampa
de patriarcas soñando con grandezas
desde decrepitas tribunas de ceniza.
Mordazas sostenidas
con fuego y con cadenas.
Bendecido imperio de papel
ardiendo como infierno para una inmensa mayoría.
Ruina y miseria, hambruna.
Horizonte cerrado, antorcha alimentada
por las propias manos forzadas a sacarla en procesión.

Eso era todo:
la boca que amenaza, que hiere y que destruye;
las bocas que reclaman su lugar.
Una zarpa crispada y vigilante;
unos brazos buscando
el siempre aplazado amanecer.

Y cuando un día
se llenaron las calles de risas y claveles,
de canciones y sueños disparados
como salvas de honor a un tiempo con futuro,
se comprendió que aquello
no era más que fachada de terror,
podrida escena evaporada.

SOLDADOS DE “ABRIL”.

*A los jóvenes portugueses de los años 60 y 70,
sufrientes en las selvas africanas.
Para el general Vasco Gonçalves, que tanto ejemplifica.*

Yo he visto gritar a los soldados
con un clavel sangrando entre los labios.
Venían de una muerte segura en los manglares,
donde siempre los mismos padecían,
de un lado y otro,
cualquiera que fuesen las trincheras;
donde siempre los mismos festejaban
el triunfo de siglos sobre las mismas pieles,
sobre los mismos brazos castigados.

Recorrieron las calles de Lisboa
como formando parte de un cortejo,
de una bandada inmensa de palomas
sobrevolando plazas, sobrevolando calles
en donde el pueblo se agolpaba
como si hubiera sido convocado
al rito nupcial de primavera.

Fue la fiesta de *Abril* y todo el aparato
que rasgaba sus venas
con las fauces de hiel, con su pillaje,
se fue por las cloacas perseguido
por gritos de canciones y por flores.

Después,
aquella juventud uniformada

regresó hasta sus casas,
cambió el corraje
por el urgente traje de faena,
cogió las herramientas añoradas
y se puso a diseñar, codo con codo,
la nueva orografía de su país.

LAS MUJERES DE ABRIL.

*A Catarina Eufemia, precursora, in memoriam.
A Irene Leão, que dejó atrás tantas cosas personales.*

Todos las vimos.

Unas eran sarmientos, sombras
esperando en las puertas de sus casas
el paso de la nada;
soportaron hambrunas sucesivas
y el palo amenazante, las húmedas
paredes cavernosas.

Otras aún sostenían las azadas
y doblaban su vida
por un poco de aliento contenido,
por la esperanza vaga de un mañana.
Las que brotaban todavía como tallos en flor
pensaban en la huída, no querían
acumular los lutos presentidos.

Pero sus gritos fueron más profundos,
el coraje estallando con más fuerza
no por sí, por aquellos que venían,
por los niños febriles que arrastraban
desde su vientre repetido,
desde sus manos siempre tan vacías.

Abril fue la explosión,
y los claveles una señal de fuego
que cortaba alambradas y daba paso abierto
a una vida de siembra compartida.

Todos pudimos verlo, su coraje
dejó en mantillas incluso a los disparos;
la mirada, la decidida fuerza de sus manos,
fue más allá que los lentos decretos discutidos.
Ellas quitaron el barro del camino,
los cerrojos, las mil imposiciones.
Alejaron las sombras, la servidumbre esclava,
la proyectada huida,
y fueron la espoleta, la bandera
de un nuevo, esperanzado,
valiente y compartido porvenir.

CAMPESINOS DE ABRIL.

A mis amigos y dirigentes campesinos António Gervasio y José Leão.

Vosotros conocisteis oscuros corredores.
No fue un tópico
el hambre y la sed,
el sueño secuestrado.
Conocisteis el látigo, la saña
de los tiempos terribles,
la densa soledad.

Con el grito y la flor, fuisteis vanguardia.
No fue obstáculo
la piel resquebrajada y el dolor
de tantos años de agonía.
Nuevamente volvisteis a los surcos, esta vez
empuñando las leyes y la azada.

Vosotros,
sembrasteis de ilusiones el barbecho,
los campos añorados, tanto tiempo
dormidos al placer y los caprichos;
llenasteis los hogares de alegría,
de pan y de canciones,
y los pueblos tendidos
al sol de la planicie
se quitaron el polvoriento manto de los lutos
y construyeron su digna libertad.

Pero vosotros también
habéis sufrido luego la derrota,
la vuelta a los tiempos combatidos

por la fiesta de *Abril* y los claveles.
Una vez más
domesticaron sueños y canciones,
devolvieron la tierra a los engaños,
sembraron de ceniza, de sal, vuestros cultivos.

¿Qué fue más lacerante, eternos soñadores,
las uñas aplastadas por aquel enemigo declarado
o este expolio tajante
de aquellos que otro día
sostuvieron también vuestra bandera?

ANCIANAS EN LAS PUERTAS DE SUS CASAS ESPERANDO.

A las recias ancianas de Tràs-Os-Montes, amables, dolidas y profundas

Tras los rezos,
tras tanto rezo y rezo,
¿qué dios os vino a socorrer?
¿Qué aire devolvió los sonidos,
las risas, las palabras, los llantos
de vuestros *filos espalhados por todo o mundo inteiro?*

Llevan siglos así,
esperando en la puerta
la llegada del hijo que se fue,
que cogió las maletas
como quien coge el alma buscando un paraíso
y no regresa nunca:
y tampoco lo encuentra en parte alguna.

Llevan la eternidad
rezando, entrecruzadas
sus sarmentosas manos, descansando entre lutos,
regadas por las lágrimas del luto jamás interrumpido.
Mínimas.
Sentadas en la silla desfondada.
Curiosas al pasar el forastero.
Desdentadas.
Profundas como el mar que nunca han visto.
Emparedadas
entre lancha y granito,
pizarra y bolo berrocoso, paja y cal.

Si se mueven, si entran en la casa,
si salen
limpiándose los labios insondables
tras apagar la sed,
veremos una sombra recorriendo el espacio indefinido.
Sólo sombra.

¿Olisteis,
ancianas de corteza y raíces de *sobreiro*,
el perfume de flores nacidas en *Abril*
antes de que el verano las mustiara
con su ardiente espada, terrible, vengadora,
o no llegó hasta aquí fragancia alguna
que después pudierais añorar?

MADRES AL BORDE DE LA MAR.

*Para las “mujeres marítimas” de Portugal, a las que no llegó la brisa de la
“Revolução dos Cravos”*

Son las madres dolientes
del Miño hasta el Algarve,
con sus manos al viento,
cortada su mirada
por la línea azul del horizonte,
sin horizonte alguno, sin futuro.
Miran las olas bravas,
la espuma enloquecida;
miran el infinito desde siempre,
con su pelo encrespado, con los ojos
brillantes de sal y de vacío.
Enjutas y terrosas,
encorvadas.

Son las madres heladas, congeladas,
las madres apagadas en el ¡adiós!
del que no esperan
la alegría de vueltas, el abrazo
del hijo retornado.
Se los lleva la mar, están
habituadas a la eterna partida de los siglos.
Siempre porque el futuro
se aleja con el sol, o porque necesitan
su concurrencia joven
en lejanas batallas que nunca les han beneficiado.

Ellas quedan ahí,
enloquecidas, muertas,
solitarias, vacías.

Miran al mar, del que sacaron redes,
con el que batallaron
sacudiendo su piel y sus espinas,
con el que destrozaron
los sueños mantenidos
mientras duró la luz de su mirada
tan apagada ahora,
tan perdida. Nada
les pone un brillo de gota de rocío,
un leve resplandor,
un sobresalto alegre, algún
vuelco que les incite al pestañeo,
al leve testimonio de vida que se inicia.

Ni *Abril* pudo siquiera
con su dolor inmenso:
sus hijos se perdieron
por los tristes caminos de la mar
a donde miran
por si el capricho de las olas
quisiera devolverlos.

YO SOY ABRIL.

Yo soy *Abril*.

Vengo de la profunda lucha de los siglos,
del dolor de los muertos ignorados,
de la boca cerrada a latigazos.

Vengo de las mañanas

sin luz,
oscurecidas con voces, amenazas,
cenizas de quien no se doblegaba.

Yo soy el llanto y la canción,

la polvareda

que producen los surcos levantados,
el ruido

de la fábrica en marcha, los talleres
con sangre renovada.

Soy la locura generosa,

la juventud que no se acomodó,

el brillo de un clavel

rematando las bocas de la muerte
que resultaron ser

semilla de la vida.

Soy la palabra

que se habitó de risas y promesas,

de abrazos fraternales,

de conjuros hechos para que huyeran

las sombras, los fantasmas,

las húmedas cadenas,

los ojos

que con sólo mirar ya condenaban;

conjuros que traían
la caricia serena de unas manos
hechas para el amor, para el trabajo,
para ser alzadas como espigas.

Yo soy *Abril*. Levanto cada día
mi copa emocionado
por aquellos que no se resignaron
a un fognazo ardiente y pasajero
y avivan los rescoldos de mi fuego
para que pueda calentarse el desvalido.

De

GUÍA DE LA HABANA

Del PRÓLOGO a “GUÍA DE LA HABANA”

Santiago Castelo

Poeta y periodista.

LA HABANA QUE NOS VIVE Y QUE NOS MATA

Acabo de regresar de La Habana. He ido, como casi todos los años por estas fechas otoñales, a rendir mi tributo de amor a Cuba. Así desde hace tres lustros. Pero esta vez, en esa maleta que suele ir llena de medicinas y de ayudas sencillas y a la vez tan necesarias, eché también un libro de versos. Este libro que tienes, lector, entre las manos. Quería leerlo allí, en el silencio de mi habitación del hotel sólo roto por la algarabía de los niños del colegio de enfrente que cada mañana, tempranísimo, me despiertan con sus canciones mambisas. Pero no sólo allí: el libro me ha acompañado casi siempre, porque es una “Guía” y es una guía escrita con el corazón desbordado.

Aquí está el mejor Moisés Cayetano Rosado, el poeta, el hombre, el enamorado, el periodista, el escritor a flor de piel. Y ha hecho lo que tenía que hacer: una guía de La Habana a corazón batiente.

Moisés podría haber hecho un libro político y está en todo su derecho; pero no. Ha hecho un libro humano, un libro hondo, donde no faltan la melancolía ni la suave denuncia. Ha hecho un itinerario lírico a golpe de sangre y pulso. Casi nada.

HABANERA EN LA PLAZA DE LA CATEDRAL.

Bajo los ojos,
de larga experiencia acumulada y brillo
de metales antiguos con lustre recién dado,
el humo surge firme; los rebasa.
Apura con los labios arrugados el tabaco;
parece que sonríe.
Mueve las carnes,
generosa presencia en el portal,
luciendo los colores chillones del ropaje
lleno de filigranas y caprichos
de niña consentida.
Los años le han pasado por encima
como un velo suave que todo lo insinúa,
pero no deja margen al acierto.
¿Desde cuándo está ahí?
La he visto tantas veces;
la he visto siempre bajo el sol implacable,
tan fresca, tan jugosa.
La he visto como entabla conversaciones largas
con sólo la mirada,
con sólo esa expresión,
la mínima expresión de su nariz alzada,
de su boca esponjosa.
Quizás arriba, el lazo,
rematando su pelo ensortijado,
sea la reliquia última del tiempo en el bohío,
de los años aún más apretados,
más sedientos si cabe,
pero con toda la vida por delante.
Ahora tan sólo un ascua,
el resplandor rebelde

de esos ojos inmensos,
delatan rebeldía
cuando pasa bailando tontamente
el comprador de falsas aventuras
y se pone ante ella
haciendo piruetas y arrumacos.
La inmensa bocanada de humo blanco
que lanza hacia la sombra que se exhibe,
refleja su desprecio.
Y hasta ese gesto es festejado
como parte integrante de su función pagada.
Ahí reside el encanto para todos.

MARACAS Y TAMBOR.

Está por siempre ahí.
Perenne en las arcadas que todos frecuentamos,
como torcido talismán
de tambor y maracas.
La mano, grande, larga, desvalida,
golpeando su inmensa cabezota
es un recurso más
del ritmo en que se empeña.
Su guayabera: repleta de pañuelos
con que seca
el sudor que resbala por la cara.
La mirada: de pescador antiguo
que fondeó las redes
y ahora cobra el sustento
vendiendo tipismo
para urgentes consumidores de emociones.
En las caderas,
el envidiable ritmo.
Pero en su gesto,
el cansancio de siempre, insuperado;
sorprendiéndose, con elegante disimulo,
ante cada continuo fagonazo
de foto de curioso.
Amable,
como puesta de sol serena y lenta
en el inmenso Malecón.
Parsimonioso, recogido.
Paciente, como la cola en la que espera cada día
su regreso lejano al mundo de los suyos.
Negro,
como su porvenir ya breve,

nos mira a todos
sin vernos a ninguno,
desde los lagos contenidos de sus ojos.
Es, con ello,
un elemento imprescindible del paisaje
que adorna las postales
y hace que suspiremos satisfechos.

HELADERÍA DE COPELIA.

Se enroscan las hileras en Copelia,
aguardando pacientemente el turno
que les lleva a la helada recompensa.
Hay una agitación
de niños que saltan, que palmean;
de muchachas que mueven las caderas
con envidiable ritmo;
de mulatos grandiosos
que sacan en la espera
toda la esencia de la vida.
Los viejos flamboyanes parecen luminarias;
la palma real se esponja
y extiende una sombra dulce, cálida,
por los puestos humildes, que al conjuro
de la vainilla helada
ofrecen una mezcla de picadillo y crema
envuelta en humaredas.
Los colores se mezclan en la gran coctelera
y suben con las risas, con los cantos,
a volar a la altura
del tocororo, que recorre las nubes
extendiendo su manto escandaloso
de ansiada libertad.
La agitación no cede con la noche
y pone a prueba la paciencia
del que no participa de su juego.
A todos recompensa
la dulce placidez con que acarician
la sabrosa montaña de la copa
y el estático tiempo
en medio de la selva recién domesticada.

HOMENAJE DEL MAR AL MALECÓN.

Una vez más,
la magia convocada acude
puntual a la cita.
Y lo que viene –por el mar-
se acerca y rugé,
es el clamor del oleaje
que acaricia y azota al Malecón.
Enciende con su luz
el perfil abombado de La Habana
y arranca con su música
las risas desatadas de sus gentes.

Esa espuma, que asciende embravecida,
sostiene la luz en desafío
pero al instante cae,
es su corona de princesa y su quimera,
con la que se pasean
amantes encendidos que dominan el mundo.

Se ha apartado la reina del maní
-mojado el cucurucho,
húmeda su ofrenda,
rebotante de sal
su cesta de placeres humildísimos-.
Se ha desviado el soberano
que sueña y pedalea
con el turista a cuestras
camino del Vedado, flor
de placeres comprados, de lujuria.
Ha dejado su puesto
de ajustado traje,

de tacones brillantes y carmín,
la amazonas que estaba recreando
un cuento de hadas que no existe,
a la sombra extranjera
vestida de colores alquilados.

Queda la soledad
y una pareja se acerca al monumento
del barco inconfesablemente hundido
un siglo más atrás:
sirvió para justificar un cambio de dominios.
Brilla con fuerza el sol.
La tarde en su final ofrece luces
de naranja encendida,
de fuegos salpicando los manglares.

Está resplandeciendo todo el Malecón
y es momento de fotos:
son las armas de la nueva conquista,
que puede ser comprada a plazos por cualquiera.
Manisera, porteador y muchacha
de ensueños renovados
recuperan sus tronos
de afanosa lucha por la vida:
la magia ha terminado
y el mar dormita nuevamente,
en tanto que maquina
otro golpe de látigo que todos festejamos.

CENTRO HABANA.

El aire de la tarde en Centro Habana
se mezcla con la música estridente
de un grupo de jóvenes que sueñan con el mar,
de un puñado de niñas que sonríen
y enseñan sus dientes tan blanquísimos.
El aire caluroso, de sudor,
de vida ajetreada en los balcones,
las empinadas escaleras, los coches
milagrosos que vuelan como balas
y suenan con la fuerza
de su pesada artillería de museo.
El aire de canciones, palmoteos,
ritmo creciente de caderas, mirada
quemante como la chispa de la voz.
De cuando en cuando, larga hilera;
compensa a la demora el trago de café,
la compra justa para otra noche más,
para nueva jornada manteniendo
los mínimos ensueños.
Debajo de la cama
queda la desventura cotidiana, el desamparo:
se la cubre y no se dan pregones,
no se amarga la fiesta colectiva.
Todo es menuda chispa,
trepidar que despierta al más herido,
al más cansado de estar en la cuneta.
Centro Habana se cuelga su pasado
de esplendor, sus balconadas caprichosas,
sus colores chillones,
el bosque de columnas que sostienen
fachadas y quimeras;

levanta su canto hacia la altura,
se transforma en mítico Changó,
guerrero poderoso enamorado,
rendido a las plantas deseadas de Ochún,
con quien pasa la noche,
pasa el día,
pasa los sueños y la vida.
(Quedará siempre el grito,
un grito joven
por mucho que las caras se consuman
y los surcos agrieten la mirada).

HABANA VIEJA.

Almadrada y vieja Habana de los sueños,
de la esperanza en ojos asustados
que llegaron temblando a la Bahía,
que recorrieron asombrados el damero
estrecho, interminable, de tus calles,
plagadas de conventos, columnatas,
patios de jungla, plazas
de soportales, hamacas, mimbre y palma.
Fortificado tesoro protegido
por las inmensas fortalezas,
castillos del Estrecho,
al que arribó tanta ilusión,
tanto proyecto que se amasaba a contramar,
en base a la leyenda.
Primorosa perla, núcleo central
de perla del Caribe.
Mimada referencia para todos
por tantos años, siglos...
¡Vieja Habana!
Patrimonio en harapos
que vuelve a levantarse, muestra
nuevamente sus hitos memorables,
tras el desahucio ya casi firmado.
Habana Vieja de empedrados,
de mármoles grandiosos y humildísimas
tapias cercando salones palaciegos,
donde reina hoy el griterío
de niños desbocados,
arrugados rostros
velados por el humo del tabaco,
prisas de tacones

bajando, subiendo siempre interminables escaleras,
tabernas legendarias,
libros a rebosar
y siempre la música más alta,
más alta todavía,
contagiando las ganas de vivir,
de gritar y soñar,
y moverse y bailar y compartir.
Viejo y sagrado ojo, testigo de los tiempos,
derramado, hacia el oeste, al Centro y al Vedado,
legando la cuadrícula paciente
que se agranda
y es todo apertura en Miramar.
Tú recogida,
celosa almendra heterodoxa,
en las ardientes sombras
de tu trama estudiada.
Habana Vieja,
sueño obsesivo siempre, recurrente.
¡Cuánto bregar ocultas y retienes!
¡Cuánto pasado y brillo,
que se resiste a verte cenicienta!

VEDADO.

Rampa arriba sube el verdor,
selvático, arañado,
vencido entre los riscos,
los cascotes,
y por sorpresa allá saliendo
de entre la colcha de hojarasca seca,
para irrumpir de nuevo
con todo su esplendor y la armonía
de los tiempos de asombro.
Galopando escaleras, acogotando mármoles,
señoreando en balaustradas, patios,
corredores inmensos,
de inmensos palacetes.
Abiertas avenidas con vocación de mar,
encorsetadas
en cuadrícula terca, machacona,
umbrosa, portentosa y llena
de vida,
de esforzada lucha, dignidad y juego.
Niños de bate prodigioso, jóvenes
de mano a la labor
que la inventiva le sugiera,
paciencia al dominó o en las colas
de aquellos que acarrear en el mercado
lo poco que les es dado obtener.
Pero alegría;
entre el palacio derrumbado y otro
que a duras penas se logra levantar,
mucho vida bullendo en el ambiente,
mucho esperanza puesta
en su propia energía,

sacada a relucir en cada balconada,
junto a ropa humildísima
tendida al sol que libra otra batalla
contra la adversidad,
venciendo siempre,
venciendo como ellos, corajosos,
entre el verde de selva
domesticada al fin en su Vedado.

SIEMPRE LA HABANA.

Donde se alza el ojo del caimán,
estás,
hermosa, altiva, en tu melancolía.
Toda columna, patios porticados,
azotada por el hermoso mar,
cabellera de espuma,
efímera corona que retorna,
como guiño suave de ternura.
Cuadrículada siempre,
bajando al Estrecho, a la Bahía;
almendrada tu vieja, primitiva forma,
que se derrama como aceite,
rebasando el mínimo riachuelo,
sigue y sigue, abriéndose en verdor.
¡Cuánta espada!, ¡cuánto látigo!,
¡cuánto olor a pólvora quemada,
a sangre y a sudor,
en tus alas de abierta mariposa!
¡Cuánto sueño apuntalando siglos,
sangrando para otros,
enriqueciendo al lejano, a los vecinos,
generosa nodriza ajada ahora
tras tanto derramar tus tiernos dones!

Y eres así el propio ojo,
abierto y expectante, del caimán.
Hermoso en el bullicio de tus pupilas dilatadas,
de tus pestañas de espuma y troncos retorcidos,
de tu iris restallante de brillo y energía.
Eres la muestra eterna

de la vida que fluye, del despertar activo,
del ritmo y de la risa,
con procesión por dentro,
pero que sabe cómo
dejarse los pesares detrás de la almohada.

De

**A M A N E C E R E S
Y O T R O S P O E M A S**

COMENTARIO CRÍTICO A “AMANECERES Y OTROS POEMAS”.

Simón Viola

Critico literario y profesor de Literatura.

Tal vez la mayor singularidad del libro resida en la coincidencia de estas dos perspectivas, tantas veces antagónicas: un intimismo autoreflexivo dominante en las primeras composiciones y un compromiso cívico presente en muchos de los “otros poemas”. Si en los primeros nos encontramos ante un poeta aislado, sumido en la contemplación de la naturaleza que describe sin apenas mensajes conceptuales, atento a una realidad que muere y renace cíclicamente, que de ese modo vence al tiempo y es fuente de serenidad y belleza, en los segundos un imperativo ético preside tanto la elección de los temas y personajes como su tratamiento literario.

LOS CUATRO AMANECERES.

*La noche sosegada
en par de los levantes de la aurora,
la música callada,
la soledad sonora.*

SAN JUAN DE LA CRUZ

*Tinham jardins onde a lua paseaba
de mãos dadas com a água
e um anjo de pedra por irmão.*

EUGÉNIO DE ANDRADE

AMANECER DE INVIERNO

Como manto de flores me envuelve
una niebla llorando su nostalgia
de efímera realeza.
Picotean las gallinas en torno de la fuente
y un pájaro infinito, repetido,
va cantando, saltando:
animada gota -inmensa- de rocío
por las ramas caídas;
la mimosa se comba, recargada
de entorchados encajes amarillos.
Hay en la fuente un brillo congelado,
y una tristeza musical, de tango,
lucha afanosamente por salir
de las paredes oscuras del salón.

Perfilado en puñal de luz anaranjada,
el sol está tratando de asomarse,
resplandece,
pero es vencido al fin por la neblina.
Todo
queda empapado de lágrimas delgadas
como cabellos blancos de un tiempo sin edad,
como puerto azotado por las olas,
como jardín cuidado con tesón.
A veces,
pasa un ángel con alas tan blanquísimas
que transporta mi alma hasta la infancia
y me acerco a la charca
y pongo a navegar barquitos de papel.

AMANECER DE PRIMAVERA

Esta luz,
esta luz renaciente y olvidada,
envuelta en mil olores y el zumbido de abejas
que se ha enseñoreado del jardín,
está llenando de pájaros mi alma,
de cantos mi garganta, de alegría
el costoso vivir de la jornada.
Me crece la hierba en los zapatos,
me levantan los rayos
de un sol naciendo sin barreras,
un cielo de azul que se despierta
en la paleta de niño sin pasado.
La mimosa,
entre ramas de flores desvaídas,
atesora los mínimos cobijos, nidos
de paja, de hojarasca, dejadas allí por el invierno,

por la mano paciente de los vientos,
por el latido esperanzado
de unas alas que nunca se detienen
y vuelven otra vez al sueño del hogar.
Un caracol delata su camino
por el cristal que me separa del bullicio,
del intenso bregar del mundo renovado
que aplauden mariposas de múltiples destellos.
Voy hasta la ventana, saco
los brazos a la vida
y vuelo hasta una flor que estaba a punto
de perder con el día su gota de rocío.

AMANECER DE VERANO

Aún dura el ahogo y el calor
de una noche de insomnio e inquietudes;
de una breve y pesada oscuridad,
poblada de estridencias, el canto
persistente del grillo, las chicharras
aferradas al soplo sofocado
del jardín donde el agua
refleja las hojas empolvadas,
el baile fatigado de peces de colores
perseguidos sin tregua por un gato
-de vigilia en los bordes-
con enormes pupilas ovaladas.
Viene saliendo el sol entre mares de leche,
blanquecino también y atropellado
por estrellas fugaces que estuvieron
toda la noche huyendo del agobio.
La mimosa se abre
tras el duro estilete de la luz
hundiéndose en la charca como en la carne fresca

y suelta
 rojas corrientes que persigue una rana
 superviviente de eternas cacerías.
 Y yo cierro los ojos como un niño
 y estreno el nuevo día
 confundiendo el sudor con las escamas
 de los peces dorados que me miran,
 con su redondo asombro,
 calculando el grosor de mi locura.

AMANECEER DE OTOÑO

Viene de alguna parte
 un olor de dulces madre selvas y un temblor
 de secos corazones que han caído
 sobre el verdín de filamentos, recubriendo la charca:
 conservan aún el débil tintineo
 del chopo azotado por el aire,
 envuelto en un lamento llegándome de lejos,
 del río alimentado con las primeras lluvias.
 Hace frío,
 pero un pájaro canta.
 Suenan las risas descuidadas que aún confían
 en años de eterna juventud: así revelan
 su fiesta interminable. Los granados
 convocan también a otro festejo
 que aprovechan
 las alas zumbadoras de miles de mosquitos.
 Va quedando
 devastado el jardín, desnudas las higueras
 que levantan sus brazos desde la lejanía,
 en una despedida llorosa, desolada.
 La claridad ya apenas puede
 abrirse algún camino entre la lluvia fría

que está cayendo ahora sobre el campo,
una vez más,
renovando insistente su promesa
de otra explosión de vida,
que se comienza a concebir.

RENOVADO AMOR.

*junto al camino nunca digas
no puedo más y aquí me quedo*

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

*hasta que se cerraron
tus manos en mi pecho
y allí como dos alas
terminaron su viaje*

PABLO NERUDA

Yo lo he sabido siempre.
He sabido que tú
eras más pura, inocencia total,
nieve blanquísima, crujiente, nacarada.
Y que las huellas rojas, de herraduras, salvajes,
fueron los restos de continuas derrotas
costosas de olvidar.
Que extendiste tu manto por los campos desiertos,
por los bosques quemados,
por tantos mares secos que sembraron salitre
sobre los sedimentos
de los miles de peces que prometieron vida.

He rozado, sorbido tu belleza,
tu alegría saltando como chispas,
tu tierno bracear contracorriente.

Y he puesto atención de nuevo a las pisadas,
al agitado soplo que me viene de lejos,

me invade nuevamente, después de tantos años.

Yo lo he sabido siempre.

He sabido que alguna vez vendrías
a levantar mi alma como una antorcha nueva
y llenarla otra vez de fuego y esperanza.
A cubrirla de tardes alargadas,
de dulce amor, tierna melancolía;
con pisadas suaves,
como la hierba fresca,
por el zaguán de esta garganta
que retiene tus labios esponjados.

Nunca dices:

“Aquí perdí la fe, dejé caer
mis brazos en derrota”.

Eres más fuerte

que todas las montañas.

Fuiste capaz de atravesarlas,
vadear los ríos,

sortear mil peligros, regresar,
atravesando fuegos, nevadas y tormentas.

Volviste como siempre,
ofreciendo azucenas a la noche,
a pesar de la sangre derramada
desde tu pecho herido,
desde tus manos forzadas a la lucha.
Desde los desengaños
y la tierra quemada,
y el dolor superpuesto a otros dolores.
Desde los fatigados desalientos.

Y estás aquí,

tranquila, sosegada,
como los grandes héroes retornando
de sus eternas guerras legendarias.
Por eso tejo en ti
las fibras de mi vida
y extendiendo cada vuelta, cada nudo y lazada
sobre tu corazón, agradecido
de ver un nuevo sol, tener su brillo
para nosotros solos
en este hogar que navegó
sobre las olas tormentosas
y ahora recalca así,
radiante, firme, definitivamente renovado.

ENTRETIEMPO: ROSAS.

Para Rosa María.

*Todas las rosas son la misma rosa,
¡amor!, la única rosa;
y todo queda contenido en ella,
breve imagen del mundo,
¡amor!, la única rosa.*

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

*Pequeña
rosa,
rosa pequeña
a veces,
diminuta y desnuda,
parece
que en una mano mía
cabes,
que así voy a cerrarte
y a llevarte a mi boca.*

PABLO NERUDA

ROSA DE OTOÑO

Rosa de otoño, humilde,
pequeña rosa expuesta a los rigores
del viento, de la helada imprevista,
del azote certero de la lluvia.
Mínima copa roja, perfumada,
vibrante en las espinas que me dejan
las huellas de tus pétalos

confusos en mi sangre.
¡Quién brota de la herida sino tu terciopelo!
¡Quién entre el verde esperanzado
del campo y de la vida
sino la suavidad de tus escamas!

Sencilla rosa,
solitaria sonrisa en mi jardín,
única y plena.
Maravillosa rosa de promesas.
Cumplida rosa que ilumina
con su presencia cálida la casa.
¡Quién sino tú
le das luz a estos días
con tu sabia presencia de magia renovada!

ROSA DE PRIMAVERA

Pero tú eres la rosa
fuerte de primavera, siempre eres
la hermosa, enhiesta flor,
la nota perfumada, la sonrisa
que se eleva bravía por entre los ramajes.
Eres el espeso tapizado
de la sangre más roja, densa, llena
de brillo apenas contenido, a punto
de estallar en mil nubes,
de llenar todo el aire
de olor y de colores,
de alegría y de vida.

Rosa tan fresca

como el agua temblante de los montes,
como el inquieto vuelo de los mirlos,
como todo el verdor de una ladera
plena de lluvia y moderado sol.
Rosa capaz
de borrar totalmente la huella de la herida,
las fuertes puñaladas
del tiempo y las traiciones.
Rosa nueva, siempre renacida, rosa
creadora por sí misma
de nueva primavera.

OTRA VEZ EN CAMINO.

*Cuántos de esos inmigrantes seguirán viendo
sus montañas y sus ríos, separados por la pena
y por los años.*

ERNESTO SABATO

*Tanto estéril lutar, tanta agonía,
e inúteis tantos ásperos tormentos...*

ANTERO DE QUENTAL

Desde el brillante griterío de las selvas,
desde el verdor amarillento de sabanas,
por desiertos de arena enfebrecida,
por mares, por estrechos,
por el inmenso continente,
por crecientes zozobras, tempestades,
tronares de tormenta y silbo de ventiscas,
altos montes, fosas insondables,
faltos de amores, fuerte la esperanza,
sin nada que perder, sin mínimo asidero,
vienen reptando a nuestras playas,
braceando en el lodo de los ríos,
agarrados a escarpes, escondidos
en fondos increíbles,
redondas de miedo, grandes como lunas, sus pupilas.

Y somos nosotros cuando entonces,
cuando los barcos de ultramar,
cuando los trenes y el polvo de las minas,

cuando las grandes abundancias
que nos dieron la fiebre de los sueños
tras los que fuimos y sufrimos.

Desde aquí, desde allá, los mismos siempre,
necesitados y temidos, igual de rechazados,
mirados de soslayo,
arrojados sin más al aguacero,
al polvo, a la ceniza del camino,
a la seca corriente de las lágrimas
fatigadas también,
hirvientes en su mudo desconsuelo.

RECORDATORIO.

*Estos días azules,
este sol de la infancia.*

ANTONIO MACHADO

*y, aunque no quiera, oh fijas ocres
tapias,
oh compañeras duras,
recordar mi niñez infantilmente
ni revolver en su escombros querido,
refiero aquel pasado
como lo pide el propio sentimiento*

ELADIO CABAÑERO

Acaso ahora recuerde los cuerpos tendidos a la siesta,
al calor de la tarde y de la acera,
desnudos torso arriba,
insolentes de voces y miradas,
de abandonado estiramiento y de pereza.

Recuerde las casetas de herrumbre repintada,
voceantes de mozos sobrantes de coñac,
de lúbricos deseos y tanta represión.

Acaso ahora me venga la alegría,
trepando hasta mis manos,
la música de fiesta, tan subida,
los coros también, desafinados,
y nuestra firme voluntad por sacudirnos la modorra,
la espera compensada.

Me vengan la tómbola, el tiovivo,
los fuegos de artificio de altas horas,
el último compás de la orquesta cansada.

Es nuevo amanecer.

El pueblo se levanta con la banda marchando
detrás de un santo alegre con vara de avellano,
con espigas brotando de las andas,
con amores rogados pidiendo eternidad.
Algunos todavía luchando con la noche que se enreda
en los últimos sorbos de licor,
en los últimos besos bajando de la noria,
en la espuela final, mil veces repetida.

Es la feria,
mi feria adolescente, pequeña y misteriosa,
donde de pronto un día nos vimos hombres todos
y le hicimos un hueco de nostalgia
al saxofón, al mambo, los boleros,
que fueron nuestros sueños prolongados,
vivididos todavía, después de tantos años de batalla.

EN LOS AÑOS OSCUROS.

*¡Alégrate, Dámaso,
porque pronto vendrá la primavera,
y tienes veinte años!*

DÁMASO ALONSO

*Hoje à noite avistei sobre a folha de
papel
o dragão em celuloide da infância*

AL BERTO

¿En dónde se escondió?
¿Para dónde miraba
cuando pasábamos, tan tristes,
los jóvenes de entonces?
¿Qué primavera fue la de los años
terribles de la errancia,
los pueblos tan vacíos, los amigos
sacando de continuo los pañuelos?
¿Qué primavera
con tanta cara adusta,
con tanta imposición que nos mandaban desde el cielo?

Y, sin embargo,
nunca faltaba la sonrisa,
no faltaban los juegos atrevidos,
la oculta transparencia del deseo.
No faltaban los gestos, las miradas,
ese mundo interior que fuimos construyendo
y no nos secuestraron con dogmas, anatemas,

maldiciones, decretos.

Estaba, sí, la primavera brotando entre nosotros.
Con nosotros volviendo cada día
por encima de suelos arrasados,
por encima de aquellas láminas de sal
que nos echaban sobre los años de alegría,
milagrosos al fin,
a pesar de las sombras
y de ese gran dolor que nos causaron.

GUIJARRO DEL RIACHUELO.

*Como tú,
guijarro humilde de las carreteras*

LEÓN FELIPE

Siempre sueñas con algo inaccesible.
 Por ejemplo:
 una roca eruptiva que no rueda
 monte abajo llevándose tu infancia
 cuando ya estás cansado de ver tristes guijarros
 formando torrenteras,
 lamidos por el río.
 Sueñas con ser mayor y eres tan viejo
 que se te cae la baba y sabes bien
 lo lejos que te queda la inocencia,
 esos años de sol, sobresaltados.

Buscas por las esquinas
 el juguete escondido,
 los negros cigarrillos con que te sorprendían
 y ocultabas tan bien que no recuerdas
 dónde estarán los huecos.
 Miras hacia tus manos y las ves tan vacías,
 temblando entre los surcos estériles, quemados,
 que derraman escamas como lágrimas secas.
 Te derrotan recuerdos
 de batallas perdidas y vueltas a perder.

Pero no te resignas.
 Persistes en los sueños y una noche

-guijarro del remanso-
te quedarás tranquilo,
riachuelo humilde abajo,
premiado finalmente en tu candor.

EL PUEBLO EN SOMBRAS.

*Y una mano despacio alza una carta
como una luz que lentamente se abre,
y se hace el día. Y cae, y es noche.
"A ti, a ti te toca". Y otra vez
despacísimo amanece.*

VICENTE ALEIXANDRE.

*Vista da terra chã, parece o talefe do
mundo.
Um talefe encardido pelo tempo,
mas de sólido granito.*

MANUEL TORGA

Las sombras de silencio
suben la calle arriba. Están sentadas
algunas sombras más, como candiles,
como antorchas sin luz, carbonizadas.
Sostienen con sus manos de raíces
las cuentas de un rosario, la toquilla
que ya perdió su negro y es un brillo
de polvo, de mugre, de miseria
la tela despuntada.
Detrás lucen macetas, delante, en la pared,
por las ventanas carcomidas;
geranios que empeñan su verdor y cuelgan
por todos los lienzos desconchados,
irrupen en balcones, en la sombra
terrosa del castillo.

Su carta está jugada. Apenas unas voces

tan viejas como ellas
salen de la taberna, con música a trasmano.
Luego vendrá el silencio
y se abrirá, como una aurora enloquecida
la inmensa soledad.
Apenas un autillo
devolverá el saludo a los suspiros
que quedan como polvo de una historia
que ya no se repite
y es ceniza tan sólo entre sus manos.

LA LENTITUD DEL TIEMPO Y ESE ESPACIO INMENSO.

A mi pueblo, herida soledad.

*contemplando
cómo se pasa la vida*

JORGE MANRIQUE

*Has llegado a tu casa
y al entrar,
has sentido la extrañeza de tus pasos*

LUIS ROSALES

Todo era entonces grande,
la plaza,
la calle,
el patio de mi casa.

Y yo, mínimamente,
me perdía en los espacios tan inmensos,
me perdía entre la gente
que lo copaba todo.

¡Y qué lento era el tiempo que pasaba,
un tiempo detenido
como una espesa miel
que avanza a duras penas,
y que saboreamos creyendo que no acaba

su espontáneo brotar!

Pero lo que han sido multitudes,
y estancias gigantescas,
y tiempo reposado
que contábamos de fiesta sobre fiesta,
es ya silencio y soledad,
pequeña geometría,
fría ráfaga,
oscuridad y dardo que se escapa.

¡Qué mínimo y qué rápido
se nos presenta ahora!

Y qué curvada esa toquilla
alzada apenas en unos pies que pasan,
que ya no le sostienen
en medio del recuerdo sombreado
de lo que fuera luz
y es hoy ceniza tan sombría.

¿Quién reconocerá
en esos pasos lentos y sufridos,
en la mirada tan pobre y apagada,
las flechas que pasaban
inventando la vida cada día?
¡Cómo le pasó el viento
de su existencia ilusionada!

Inasible y feroz
por las manos que algunas veces sueñan
-¡tan tozudas!-
con una nueva empresa.
Esas manos que esperan detener
la rueda acelerada,

confiando
en el milagro de la miel
espesa, que recrean
en una artificiosa,
descreída,
fugaz algarabía.

¡Y QUÉ SOLOS AL FINAL LOS VIVOS!

**A esos pueblos nuestros,
vibrantes antes
y ahora desolados.**

*Tan medroso y triste,
tan oscuro y yerto
todo se encontraba...
que pensé un momento:
¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!*

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

*Nada fica de nada. Nada somos.
um poco ao sol e ao ar nos
atrasamos
da irrespirable treva que nos pese
da húmida terra imposta.*

FERNANDO PESSOA

Tuvo esta calle tantos niños gritando...
Tuvo esta calle
tantas estrellas en noches de verano
que se nos enredaban entre hamacas y sillas,
entre canción y cuento, entre leyendas
oídas con asombro en un descanso
de nuestra arrebatada algarabía...
Tuvo esta calle nuestra
tantos pasos de amigos, tanto juego,
tanta ilusión y risa

entre sus piedras y su tierra, sus gallinas
picoteando, siempre encontrando alguna cosa que comer...

Tuvo

nuestra ilusión poblada, nuestros sueños,
nuestra presencia densa de abuelos y de tíos,
de padres y de hermanos, de jóvenes y viejos,
de vecinos ruidosos y festivos,
caminantes eternos que no la abandonaban
y llenaban las puertas de alegría...

Tuvo su historia y su presente.

Fue inagotable su bullir

antes de que los vientos nos llevaran

y únicamente devolvieran intermitentes vueltas

que poco a poco se espaciaban.

Luego sólo quedaron, sobre el asfalto que recubrió el pasado,

los andares inciertos, los lutos superpuestos,

escasísimos pasos,

casas abandonadas,

silencio por las noches como si sólo espectros

reinaran por donde el griterío

de niños y de jóvenes dominó varios pasos

más atrás en el tiempo.

¿Cuántos vivos le quedan?

¿Cuánto anciano esperando su silencio

tras las puertas apenas entreabiertas,

tras las pocas que se abren todavía?

¡Y cuántas soledades

dentro de cada casa, dentro

de lo que fue presente, fue futuro

y ya no es otra cosa que ceniza!

¡Dios mío,
qué solos se quedan los vivos
mientras los muertos se reúnen
en la nada tremenda del vacío!

¿PERO AMANECE?

A los que, a pesar del declinar de las revoluciones aún confían.

*Sí, hijo mío, el sol sale mañana
siempre sale el sol
para los hombres*

FLORENTINO HUERGA

*E a casa, depois, fica cheia
de luz e ternura, gladiolos,
frésias, verbenas, rosas bravas*

JOSÉ CARLOS VASCONCELOS

Y sin embargo,
no es esta soledad la que nos mueve,
no es la nostalgia
del tiempo que se va,
no son las cicatrices,
ni es la mezquina cortedad
o el desamor.
No nos mueve el aire,
la luz y los sonidos compartidos,
que endulzan la mirada,
que extienden con su música
las ganas de vivir de cada hoja que verdea,
de cada flor que nace y que se ofrece,
de cada sol que nos calienta, cada luna
que cambia y permanece a nuestro lado.
Amanece.
Siempre amanece un hilo de esperanza
en medio de lo torvo y lo siniestro,
en medio de la dura desazón.

Y salimos nosotros,
una vez y otra más, y más... rozando el infinito,
recuperados
de cada tropiezo de la vida.

ÚLTIMOS POEMAS

2006-2008

LA CASA DESTRUÍDA.

Esa casa arrumbada estaba ahí
antes de que empezara nuestra historia.
Altiva y llena de gritos de alegría,
llena de gentes, de ventanas
que con el sol se entrecerraban y luego
se volverían a abrir y recogían
la brisa de la noche, los sueños de la gente.

Era para nosotros un alto en el camino,
un sueño realizado; era un cobijo
tras la fatiga, el ajetreo, la lucha de la vida.

Y ahora de nuevo se me levanta cuando paso,
y la veo caerse lentamente, veo tristes huecos
donde hubiera ventanas, puertas, la buhardilla.
Veo desconchones en la pared que estuvo immaculada;
apenas tejas, vigas, en la techumbre
por donde el sol castiga y cae toda la lluvia
del invierno y se pierde sin la guía
de aquellos grandes y previsores canalones.

Ya ni siquiera tiene señales de caminos
que nos acerquen hasta ella,
y he de apartar espesos matorrales, cardos y tamujos,
para llegar hasta su umbral donde ahora nadie
me recibe con los brazos abiertos
y la sonrisa enorme de los tiempos
de geranios floridos y el revuelo
de una bandada enorme de palomas.

LA CASA RENOVADA.

Y otra casa se alza.
Donde la destrucción, donde las escombreras,
otra casa levanta su estandarte
y surgen los latidos, la esperanza,
los nuevos ventanales, la techumbre segura,
el olor a geranios y el revuelo de aves
que buscan su resguardo.

Allá las voces laten y los cantos,
los brazos que deslindan el camino
y lo llenan de risas y colores.

Aquello estuvo ya como perdido,
como vencido por el tiempo.
Y ahora los sueños vuelven a poblarlo,
la ilusión, las ganas de vivir.

Es la historia de nuevo comenzada,
el retoño que surge
de aquel árbol vencido,
dispuesto a no dejarse doblegar.